



# Fe y teología en la universidad

CARLOS JULIO CUARTAS CH.\*

## RESUMEN

*La triada fe, teología y universidad, se ha de relacionar no únicamente en el estricto contexto de la fe y de la razón, o en el de la fe y la ciencia, sino en el de las personas que componen el ámbito de la Universitas. Es decir, de personas con interrogantes por Dios y el sentido de la vida, por procesos integrales de educación y por tanto de sabiduría de la vida. Al distinguir la creencia y la ciencia sobre Dios, la teología en la universidad -como pretensión de saber omnicompreensivo- no podrá prescindir de esta ciencia sobre Dios para dialogar con otras ciencias y saberes sobre los sentidos del obrar humano.*

### Abstract

*The trilogy faith, theology, and university must be related, not only in the strict context of the faith and reason, or faith and science, but in the ambit of the people that make up the Universitas. That is people with questions about God and the*

---

\* Ingeniero Civil de la Pontificia Universidad Javeriana (1976) y M.Sc. de la Universidad de Strathclyde (1981). Decano Académico de la Facultad de Ingeniería (1986-1990), Asesor de Rectoría para Planeación (1990-1998) y Secretario del Consejo de Regentes (1997-1998). Profesor de las cátedras de Problemas Colombianos y de Historia de la Ingeniería en Colombia. Decano del Medio Universitario de la Facultad de Artes y miembro del Consejo Directivo Universitario de la Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá. Oficina: Carrera 7 No. 40-62. Correo electrónico: ccuartas@javeriana.edu.co

*meaning of life, about integral processes of education and ultimately about life wisdom. Distinguishing between belief and the 'science of God', theology in the university with its pretension of all-embracing knowledge, obliges the interaction of this 'science of God' with other disciplines over the meaning of human life and work.*

El debate varias veces centenario sobre la relación entre fe, teología y universidad, se reduce con frecuencia al análisis entre fe y razón<sup>1</sup>, entre fe y ciencia, con lo cual parece aceptarse implícitamente que la universidad es razón, es ciencia. Esta aserción es discutible y así lo vemos en la reflexión que hace Ortega y Gasset: «La ciencia es la dignidad de la universidad, más aún -porque, al fin y al cabo, hay quien vive sin dignidad- es el alma de la universidad, el principio mismo que la nutre de vida e impide que sea sólo un vil mecanismo.»<sup>2</sup> Que el alma de la universidad sea la ciencia, es una cosa; pero que la universidad sea ciencia, es otra. Antes que un quehacer científico, la universidad ha sido y seguirá siendo ante todo un quehacer educativo, por supuesto, sustentado en la ciencia. La educación fue el origen de la institución universitaria y sigue siendo su primera finalidad. Así planteado el tema, debemos revisar necesariamente lo que entendemos por universidad, y una alternativa para hacerlo es precisamente adelantar una reflexión sobre fe y universidad, por una parte, y sobre teología y universidad por otra. El análisis de las relaciones entre distintas entidades nos ofrece generalmente un buen camino para clarificar la identidad de cada una de ellas en particular.<sup>3</sup>

## FE Y UNIVERSIDAD

Todas las personas que hacen parte de una comunidad universitaria, sean estudiantes o profesores, directivos o funcionarios administrativos, enfrentan por alguna razón y en momentos diversos de la vida el problema de sus

1. *Fides et ratio*, es el título de la encíclica de Juan Pablo II, publicada en 1998.
2. ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, en *Misión de la universidad*, 1930, citado por LARRAÍN, H., en «Misión específica de la Universidad Católica», en: *Universidad Católica hoy*, Departamento de Educación. Consejo Episcopal Latinoamericano, Bogotá, 1967 (*Estudios Educativos*, 2).
3. En el artículo «Fe y país en la universidad», publicado en *Pastoral Xaveriana*, Vol. 4, No.1, 1997, el autor hizo una primera aproximación al tema de este escrito.

creencias, de su fe. Por tanto, el tema fe y universidad no puede considerarse ajeno al contexto de un centro de educación superior, como tampoco al núcleo familiar y en cierta medida, al entorno laboral. La diferencia reside en la forma en que se le da atención en cada uno de esos entornos.

Ahora bien, ¿puede existir una universidad sin facultad de teología? Sí, sería la respuesta que nace de la experiencia. En cambio, no puede existir una universidad en la que sus universitarios no enfrenten el problema de la fe, atado a interrogantes y cuestionamientos en torno a Dios, que surgen en un hombre hundido en la soledad, sometido a la hostilidad del vivir en lo cotidiano y a las limitaciones de tiempo, también de talentos y posibilidades, en un ser humano que es Prometeo e Ícaro a la vez, encadenado a la roca y capaz de volar, con aspiraciones «divinas», con ilusiones y sueños que logran transformar, al menos en perspectiva, los obstáculos y las debilidades en desafíos a su crecimiento.

Todo espacio en el camino de la vida, diversos acontecimientos, enfermedades, tragedias y desastres, en escenarios bien diferentes y con protagonistas que alternan en la obra, sirven de estímulo al ser humano para plantearse las preguntas sobre Dios: ¿Existe? ¿Se ha revelado a los hombres? ¿Dónde está? ¿Interviene en la historia? ¿Se siente su presencia y compañía? En el reclamo radical de Marta -«Si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano»- (Jn. 11,21), así como en el de Jesús crucificado, -«Por qué me has abandonado»- (Mc. 15,14), encontramos la expresión del ser humano que siente nostalgia de Dios.

Pues bien, así como en el hogar los padres se ven abocados a responder a sus hijos tantos «por qué», en la universidad debe haber quiénes asuman la tarea de apoyar a los universitarios en la conquista de las respuestas a esas preguntas. Porque no creo que se trate de donación o venta de un producto acabado que otro fabrica. La convicción no se compra ni se recibe. El hecho de creer es absolutamente individual, como son los de pensar o soñar. Ninguna de estas posibilidades y realidades humanas es objetivable, se puede negociar o comercializar ninguna aparece como consecuencia simple de un aprendizaje como tal que se impone ante la demostración de quién tiene el saber y la forma de probarlo.

Al problema de la fe, mejor, al asunto de la fe, se une el de la religión y la Iglesia que congrega a las personas que comparten una misma creencia.

Para un católico, nacido en un hogar católico, educado en él y en instituciones que públicamente confiesan este credo religioso, el asunto de Dios, en teoría, está resuelto según la doctrina de la Iglesia. Las preguntas del Catecismo Astete<sup>4</sup> y las respuestas correspondientes resuelven o resolvían con autoridad los interrogantes de una razón que se enfrenta a la fe, primero en el niño, luego en el adulto. Dios existe, es Creador y Juez, «origen y término de todo» (Hb. 2, 9-11), fuente de autoridad, se hizo hombre y habitó entre nosotros. A lo largo de la historia se ha manifestado a los hombres y mujeres. Su mensaje, recogido en los Textos Sagrados, no concluye, sino que está confiado a la Iglesia, depositaria de la Verdad Revelada, responsable de diferenciarla, preservarla, transmitirla, interpretarla, tarea en la que es asistida por el Espíritu Santo, el mismo que inspiró a los autores humanos de la Escritura.

Ahora bien, cuando hablamos de fe nos referimos a dos personas<sup>5</sup>: a Dios, que todo lo puede, y al hombre, la criatura, frágil, que no puede, que busca el sentido último de la vida; Dios, que se revela y se entrega al hombre, dándole al mismo tiempo una luz sobreabundante; el hombre, que le responde a Dios, el creyente, el hombre de fe. Y el «lugar de encuentro personal del hombre con Dios Padre» es el «mundo»: así nos lo recuerda el Padre Kolvenbach.<sup>6</sup>

En este contexto, intentar responder las preguntas sobre Dios es empresa apasionante que debemos emprender cuanto antes, que no debemos abandonar jamás, con la seguridad de que sólo terminará con la vida misma. Al respecto, podemos estudiar textos maravillosos. Por ejemplo, Moltmann<sup>7</sup> nos advierte que: «Dios no está manifestado en la realidad que perciben nuestros sentidos, como «dicen los deístas y los judíos», sino profundamente escondido». Y cita al pie de página la siguiente frase de Pascal:<sup>8</sup>

4. El jesuita Gaspar Astete, natural de Salamanca y fallecido el 30 de agosto de 1601, es al autor de uno de los más famosos catecismos. La primera, de las cerca de 700 ediciones, apareció en 1599. (ÁLVAREZ, S.I., JAIME, *Este día en la Compañía de Jesús*, Pasto, 1995).
5. Catecismo, 26.
6. KOLVENBACH, PETER HANS, *Fieles a Dios y al hombre*, Paulinas, Madrid, 1990, p. 100.
7. MOLTSMANN, JÜRGEN, «La Teología en el mundo de las ciencias modernas» (Capítulo XIII), en: *Esperanza y planificación del futuro (Perspectivas teológicas)*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1971, p. 453.
8. *Ibidem*, B. Pascal, *Pensamientos*, n.556 (449-602), p. 453.

El Dios de los cristianos no es sencillamente el autor de las verdades geométricas y del orden de los elementos; éste no es el Dios de los paganos y de los epicúreos ... sino el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob; el Dios de los cristianos es un Dios de amor y consuelo, un Dios que llena el alma y el corazón de los que en Él creen y les hace sentir en su interior su infinita misericordia frente a su propia miseria ... Lo divino no es para el conocimiento humano ni total ausencia ni manifiesta presencia; es más bien la presencia de un Dios que se esconde. Toda la creación lleva este signo.

El acto de creer en Dios está, pues, íntimamente unido al de conocer a Dios, tarea que compete a la razón, y también al de amar a Dios. Y es precisamente el profundo amor a Dios y el de Dios a nosotros, lo que abre las puertas a la gracia, a la acción del espíritu de Dios en cada uno de nosotros. Así llegamos a creer, sin que por ello desaparezcan definitivamente las dudas. Porque la fe, como el amor, es tierra de conquista en la cotidianidad de la vida.

Dicho lo anterior, debemos recordar que «la fe de la Iglesia» la *confesamos* en el Credo, la *celebramos* en la liturgia y la *vivimos* en la práctica de los Mandamientos y en la oración. Estos cuatro componentes, -funciones, si queremos usar el lenguaje matemático-, son esenciales para el creyente.<sup>9</sup> Yo sólo quisiera hacer énfasis solamente en el tercer componente: vivir la fe en la práctica de los Mandamientos. En este modo de proceder se hace evidente una moral religiosa, un código de conducta que se observa con cuidado, sin ánimo inquisidor hacia los otros, con humildad y comprensión, que nos invita a luchar contra el egoísmo y a favor de la solidaridad, que no sabe de exclusiones porque su lenguaje es de inclusión.

Aquí es donde reside nuestro mayor reto: que la historia personal, las obras, el acontecer de un individuo, sean coherentes con su palabra, con su doctrina, con su discurso. Sin embargo, no siempre lo logramos. Hay días en que somos tan creyentes, en que la fe es robusta y sólo hay lugar para la esperanza. Hay otros días, en cambio, en que nos invaden la duda y el temor. Frente a este vaivén y oleaje que no cesa, surge la opción del carbonero: no pensar, no saber ni estudiar, simplemente obedecer y aceptar con resignación.

Esta alternativa se enfrenta a una de las características de la fe: la libertad. «El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe

---

9. Catecismo, 26.

estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe. (...) Dios llama a los hombres ... por ello, quedan vinculados por su conciencia, pero no coaccionados ...»<sup>10</sup> No en vano el apóstol Santiago se refiere al Evangelio como la Ley de la Libertad (St. 2,12) y Saulo, para llegar a ser Pablo, hace opción por «la libertad según el espíritu» frente a «la fidelidad a rajatabla», en palabras de Rops.<sup>11</sup>

Muchos esgrimen como argumento de su lejanía de Dios, y de la debilidad de su fe, el comportamiento censurable de algunos sacerdotes, e incluso una que otra disposición de la Iglesia que no complace del todo al hombre moderno y que enciende acalorados debates. Se exige a los sacerdotes, a los obispos, a la jerarquía, lo que no somos capaces de exigirnos a nosotros mismos: la perfección absoluta. Además, cuando hablamos de Iglesia, nos referimos a un grupo de personas, a una institución a la cual pareciera que no pertenecemos. Pero también ocurre lo mismo cuando hablamos de la universidad. Definitivamente, hablar en primera persona tiene una connotación diferente: dado que el juicio emitido nos compromete y nos sentimos responsables de lo dicho, pensamos mejor lo que se afirma, imponemos restricciones a una mal entendida libertad de expresión y evitamos caer en ligerezas.

No acabo de entender la frase que se ha hecho común: «Soy católico, pero no fanático.» Se es católico, simplemente, y nos empeñamos en serlo de la mejor manera, desde las fortalezas y debilidades que nos hacen profundamente humanos. Para ilustrar el análisis de nuestra relación personal con la Iglesia, quisiera citar la respuesta del Padre General<sup>12</sup> cuando se le preguntó si San Ignacio no adoptó nunca actitudes críticas hacia la jerarquía eclesial.

Ignacio no ignoraba las debilidades humanas y las irregularidades de la Iglesia de su tiempo. Sin embargo, nada podía separarlo del amor que Cristo manifiesta a su Iglesia. Nada más lejos del espíritu de Ignacio que una actitud del tipo Cristo, sí; Iglesia, no. Y no es que tuviera en el pensamiento una iglesia de ensueño, una iglesia ideal. Pensaba más bien en la Iglesia, en su realidad misteriosa y concreta, integrada por hombres fuertes y débiles, por santos y pecadores. Expresaba su devoción amorosa a la Iglesia también a través de su romanidad, subrayando que el misterio de la encarnación del Hijo, la obra de salvación del Padre, prosigue

10. Catecismo, 160.

11. ROPS, DANIEL, *San Pablo*, Aymá, Barcelona, 1953, p. 69.

12. KOLVENBACH, PETER-HANS, *Fieles a Dios...*, pp. 18-19.

bajo el Espíritu en la Iglesia visible de Pedro. Para Ignacio, en el centro de esa realidad divino-humana que es la Iglesia, se encuentra siempre el ministerio de Pedro, de aquel Pedro que el Evangelio nos muestra como hombre pecador, pero llamado a confirmar en la fe a sus hermanos; hombre débil, pero llamado a ser la piedra fundacional de la Iglesia. (...)

Sin embargo, no hay en Ignacio actitud alguna de papolatría ... la Iglesia no es una asociación querida por los hombres, sino una iniciativa de Dios ... Ignacio ciertamente veía las miserias de la Iglesia de su tiempo, pero sabía ir más allá.

Ese «ir más allá» que estaba en Ignacio nos hace pensar en la permanente tarea que tiene la Iglesia frente al cambio de circunstancias. Al respecto Kasper<sup>13</sup> advierte que:

... si la iglesia se convierte en el asilo de aquellos que buscan refugio y tranquilidad en el pasado, entonces no nos hemos de extrañar si los jóvenes le vuelven las espaldas y buscan el futuro en las ideologías y utopías de salvación, que prometen llenar el vacío que ha dejado tras de sí el miedo de la iglesia.

Las ideologías y utopías de futuro de nuestra época no son en el fondo otra cosa que secularizaciones de la esperanza bíblica en la venida de un hombre nuevo y un mundo nuevo. Tanto la fe occidental en el futuro y en el progreso como la esperanza comunista en un salto cualitativo a una sociedad futura sin clases, en la que estarán superadas todas las alienaciones históricas, son ideas cristianas «cambiadas de sitio» que tienen su origen en la escatología bíblica.

En este contexto, se debe hacer mención de los «pastores» de la Iglesia en la universidad, artífices de la pastoral universitaria que deben permanecer ajenos a las luchas de poder inevitables en toda organización, que deben superar lo «piadoso» y acudir agresivamente, apelar a la creatividad y a la modernidad para poder acompañar con eficacia, al universitario joven o viejo, en la conquista de la fe. La universidad, así no contemple entre sus facultades y escuelas una de teología, debe ofrecer asistencia a los miembros de la comunidad educativa para los asuntos de fe. Si lo hace, ofrece mejores condiciones para la realización personal de los hombres y mujeres vinculados a ella y puede cumplir con mayor eficacia su tarea educativa. Sin embargo, como lo advierte el Padre General<sup>14</sup>:

- 
13. KASPER, WALTER, *Introducción a la fe*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1976, p. 197-199.
  14. KOLVENBACH, PETER-HANS, «La universidad jesuita hoy», Frascati, Italia, 5 de noviembre de 1985, en *Pastoral Xaveriana* Vol. 5 No. 1-2, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 1999, pp. 15-20. Los números al final de los párrafos indican los correspondientes en el texto citado.

Ignacio sabía perfectamente que un colegio es un colegio y una universidad una universidad. Tienen su propia finalidad y no son meras oportunidades para la evangelización o la defensa de la fe.» (No. 14)

La universidad no es una parroquia o una Congregación Religiosa, tiene su propio modo de ser y actuar, tiene su propia naturaleza específica. Pero no puede ser católica y al mismo tiempo completamente autónoma. (...) (No. 31)

Estas aseveraciones del Padre General fueron reiteradas en la última Congregación General. Ahora, bien, la pastoral universitaria es a la universidad como la parroquia a la familia. La tarea de la pastoral universitaria es la evangelización y la creación de espacios para el desarrollo y práctica de la fe, que se ubican claramente en la vida extracurricular y por supuesto no pueden ser parte del sistema de créditos. En este sentido, la universidad, y en especial la universidad católica, se presenta como espacio para la evangelización. En la Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas<sup>15</sup>, el papa Juan Pablo II transcribe el siguiente aparte de la exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), referido al significado de la palabra evangelización:

...llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad ... No se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o en poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación.

En este contexto la universidad se erige claramente como «obra apostólica» de la Iglesia y de la Compañía de Jesús, más aún, como «instrumento de apostolado no sólo de jesuitas, sino de los jesuitas y los seglares trabajando juntos» según las palabras del Padre General.<sup>16</sup> Y esta afirmación no debemos hacerla en voz baja, con temor, como si nos avergonzáramos de que así sea, como si restringiera los niveles de desarrollo que debemos alcanzar en ciencia y tecnología, en investigación y docencia, como si nos incomodara y estigmatizara dentro del concierto de las universidades colombianas.

15. JUAN PABLO II, *Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae*, p. 37. *Orientaciones Universitarias*, No. 7, noviembre de 1990.

16. KOLVENBACH, HANS, «La universidad jesuita...», párrafo 28.

## TEOLOGÍA Y UNIVERSIDAD

Es difícil trazar la línea divisoria entre la fe y la teología, entre el creyente y el teólogo, pues si bien los asuntos de una y otra tienen que ver con la relación entre el ser humano y Dios, con la dimensión trascendente de la criatura<sup>17</sup>, en el primer caso se trata de creencias y en el segundo de saberes. En este contexto el teólogo no es necesariamente el pastor ni tampoco la pastoral puede ser concebida como un quehacer a cargo de una facultad de teología. Sería como adscribir a la facultad de ciencias económicas la dirección financiera de una universidad o a la de ingeniería el mantenimiento de sus instalaciones eléctricas. No deben confundirse los estudios teológicos con la vida del ser humano en su dimensión religiosa, es decir, la labor académica de un teólogo o la que implica su formación con la que requiere el creyente para fortalecer, profesar y practicar su fe; son propósitos diferentes que requieren cada cual su propio espacio. Tal fue la razón que tuvo Thomas Jefferson en Virginia para promover en 1779 la supresión de la teología de su tiempo en la enseñanza universitaria, lo que en el College of William and Mary se denominaba *professorship of Divinity*. En una nación en vías de desarrollo, como eran los estados de la naciente Unión Americana, en la que la diversidad de cultos daba lugar a enfrentamientos públicos, necesariamente se imponía una especie de ecumenismo religioso con la consiguiente separación entre saber y creencia.

Ahora bien, si retomamos la pregunta planteada al hablar de fe y universidad, ¿puede existir una universidad sin facultad de teología? La respuesta en este caso debe ser referida al análisis que hace Newman en una propuesta formulada apenas tres décadas después de la muerte de Jefferson y del establecimiento de la Universidad de Virginia, según el modelo de su fundador. Para el primer rector de la recién creada Universidad Católica de Irlanda (1851) una universidad para que pueda llamarse así debe ser «un lugar para la enseñanza del saber universal»<sup>18</sup> (29). En ese «saber universal» se encuentra, por supuesto, «la ciencia teológica», referida a la Verdad Reve-

17. Antiguamente se decía «creatura». La acepción de este término, según el *Diccionario de la lengua española* (21ª. edición), es: «Toda cosa criada,... hechura de otro a quien debe su posición social».
18. NEWMAN, JOHN HENRY, *The Idea of a university*, 1893. Citado en «Presencia de la teología en una universidad», por Pbro. Dr. Federico Prémoli, en *Newmaniana*, Año III, No. 9/10, noviembre de 1993. El número entre paréntesis hace referencia a la página de la obra de Newman citada por Prémoli.

lada, y en consecuencia, la Universidad tiene la responsabilidad de «trasmitirla». No hacerlo, es decir, excluir las cátedras teológicas de la universidad, constituye para Newman «una absurdidad intelectual» (63-64). El problema que sigue para Newman, es demostrar que el campo propio de la teología pertenece al «saber» y no al de «los afectos y del sentimiento», tesis defendida por el «liberalismo» de la época. Para Newman «la conexión de la fe con la verdad y el conocimiento» no se puede olvidar ni negar (72).

Esta relación entre saber y creencia, entre teología y fe, se hizo manifiesta precisamente en la vida de Newman. El profesor de Oxford, estudioso de los fundamentos del anglicanismo y, en cierta forma, enemigo de la Iglesia Católica y del papado, es llevado a un replanteamiento de su fe en virtud del conocimiento. El célebre cambio de comunión de Newman, ocurrido en 1845, sirve de ejemplo a la trascendencia entre fe y razón, entre creencia y conocimiento. De la misma manera, la experiencia reciente que tuve oportunidad de vivir en la Universidad de Georgetown, al asistir a la cátedra «*Newman: the catholic way*» me indicó una forma especial de relacionar saberes y creencias, teología y fe. Si bien el curso podría reducirse al conocimiento de una historia extraordinaria de conversión, el estudiante no puede dejar de interrogarse sobre su propia relación con Dios a partir de la experiencia concreta de Newman.

En este contexto no acabo de ver con claridad, el servicio a la comunidad educativa en lo relativo a sus creencias como finalidad inmediata del quehacer universitario de una facultad de teología. Una universidad en un país comunista podría tener una facultad de teología y sin embargo no propiciar ningún quehacer universitario relacionado con las creencias de los miembros de su comunidad.

Otro aspecto que debe examinarse cuando se habla de teología y universidad es el relacionado con la aparente oposición entre fe y ciencia, especialmente, a partir de casos históricos como el relacionado con el astrónomo Galileo Galilei. En el marco de la celebración del 350º aniversario de la muerte del célebre hombre de ciencia, el papa Juan Pablo II pronunció un importante discurso a los participantes en la Sesión Plenaria de la Pontificia Academia de las Ciencias (31 de octubre de 1992).<sup>19</sup> Este texto debería ser de obli-

---

19. JUAN PABLO II, «Rehabilitación de Galileo Galilei», en *Ecclesia*, No. 2.607, 21 de noviembre de 1992.

gado estudio para todo universitario. Por supuesto, la prensa destacó solamente el «error de la Iglesia» o lo que se ha llamado la «rehabilitación de Galileo Galilei.» Sin embargo, el mensaje del Pontífice presenta planteamientos importantes para el análisis de la relación entre ciencia y fe, del papel de la teología y de la filosofía frente a los desarrollos de la ciencia y de la técnica.

... el caso Galileo era el símbolo del pretendido rechazo por la iglesia del progreso científico, o bien del obscurantismo «dogmático» opuesto a la libre búsqueda de la verdad. Este mito ha jugado un papel cultural considerable: ha contribuido a anclar a numerosos científicos de buena fe en la idea de que existía incompatibilidad entre, por una parte, el espíritu de la ciencia y su ética de la investigación y, por otra, la fe cristiana. Una trágica incompreensión recíproca ha sido interpretada como el reflejo de una oposición constitutiva entre ciencia y fe.

Luego de analizar algunas «enseñanzas» que se pueden sacar del tema Galileo, el Pontífice se refiere al «error de los teólogos de entonces» y hace el siguiente planteamiento:

Existen dos campos del saber, el que tiene su fuente en la revelación y el que la razón puede descubrir por sus únicas fuerzas. A este último pertenecen especialmente las ciencias experimentales y la filosofía. La distinción entre los dos campos del saber no se debe entender como una oposición. Los dos ámbitos no son puramente ajenos el uno al otro. Tienen puntos de encuentro. Las metodologías propias de cada uno permiten poner en evidencia aspectos diferentes de la realidad.

No haber tenido claridad sobre los campos del saber correspondientes a la ciencia y a la fe, sobre «el ámbito y los límites de sus respectivas competencias» fue lo que hizo «pensar que nuestro conocimiento de la estructura del mundo físico era, de cierta forma, impuesto por el sentido literal de la Sagrada Escritura». Aclarado lo anterior, el análisis debe enfocarse entonces en el papel de la fe dentro del mundo científico. Para hacerlo, el discurso de Juan Pablo II nos ofrece, de nuevo, un material valioso:

Es necesario un trabajo de interpretación ulterior (a aquel que es propio del científico): éste es precisamente el objeto de la filosofía (que considera los fenómenos al igual que su interpretación), la cual es investigación del sentido global de los datos de la experiencia y, por lo tanto, también de los fenómenos recogidos y analizados por las ciencias.

La cultura contemporánea exige un esfuerzo constante de síntesis de los conocimientos y de integración de los saberes. Ciertamente, los éxitos que constatamos son debidos a la especialización de las investigaciones. Pero si ésta no es equilibrada por una reflexión cuidadosa por marcar la articulación de los saberes, existe el gran riesgo de llegar a una «cultura triturada» que sería, de hecho, la negación de la verdadera cultura. Pues ésta no se concibe sin humanismo y sabiduría.

Estas opciones universitarias cobran mayor relevancia si se tiene en cuenta la relación actual entre ciencia y fe, descrita por Moltmann<sup>20</sup> así:

Ya han pasado los tiempos en que las gentes discutían acaloradamente sobre cuál de los dos tenía razón, si Copérnico o el libro de Josué. Hoy día ya no radica el dilema entre teología y ciencia en el conflicto producido por afirmaciones contradictorias, sino más bien en la falta total de conflicto entre dos tendencias que discurren paralelamente, la una junto a la otra, sin rozarse lo más mínimo y sin tener nada que decirse mutuamente. Fe y ciencia ya no discuten, sino que viven en paz como dos vecinos que no se hablan, en una coexistencia fría y sin sentido.

Clarificada la oposición teórica entre ciencia y fe, considero necesario advertir que en el diálogo entre teología y otras disciplinas o profesiones es importante evitar la creación de relaciones artificiosas que a la larga pueden hacer más daño que beneficio. Si bien hay un espacio, como el de la Teología Moral, que entra necesariamente en relación con las demás disciplinas y profesiones, hay ámbitos en donde a una disciplina o profesión corresponde la competencia de manera excluyente. Por otra parte, encuentro justificado y fructífero, el diálogo entre el teólogo y el ingeniero, por ejemplo, nacido en el encuentro que propicia la universidad, el medio universitario, que es esencialmente académico, tanto en espacios informales como en los formales alrededor de los problemas del hombre y de la sociedad, tanto en el contexto nacional como en el internacional. Las diversas perspectivas enriquecen la discusión o el debate que es propio de la institución universitaria. Siempre habrá una palabra que decir ante los problemas que están más allá del dominio excluyente de una ciencia o disciplina. Si en este último sólo la especialización puede crear interlocutores competentes, en el otro, los criterios y valores que orientan el devenir histórico de la humanidad sustentan el diálogo multidisciplinario, que no interdisciplinario.

## LA UNIVERSIDAD

Dicho lo anterior, debemos volver necesariamente a la idea de universidad planteada magistralmente por Jaime Hoyos, S.I.<sup>21</sup>:

---

20. MOLTSMANN, JÜRGEN, «La teología en el mundo...», p. 450.

21. HOYOS, JAIME, «El Seminario en la experiencia docente en la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana», en *Orientaciones Universitarias No. 9*, agosto de 1933, p. 53.

La universidad es el lugar de la verdad. Es fábrica no de objetos, sino de verdades, y de lo que es previo a la verdad, de cuestionamientos. O sea que, la universidad debe ser un gran seminario o plantel de verdades... La verdad nos hace libres, pero la verdad solamente la encuentra quien ha sido liberado para su búsqueda desprevénida...

La consecuencia lógica es que la universidad debe ser escuela de libertad. El profesor Winfried Bohm, al plantear la diferencia entre la universidad y la escuela<sup>22</sup> advierte que si esta última «busca conservar tradiciones», la primera, en contraste, «busca inventar y renovar». La escuela, según Bohm, «fue y es una institución conservativa y conservante». La universidad, por su parte, «ha surgido de la necesidad de una reforma: ella misma es una reforma encarnada». La reflexión lleva a este autor a concluir que «los buenos estudiantes buscan en sus docentes las cuestiones irresueltas, los problemas no solucionados, las respuestas desconocidas, y procuran retomar el hilo de las ideas allí donde sus maestros lo abandonaron y dejaron caer.» Estas ideas, en cierta forma, nos hacen recordar el planteamiento de Rousseau<sup>23</sup> en 1762: «poco me importa que destinen a mi alumno a la espada, a la Iglesia o a los tribunales. Antes que la vocación de los padres, la naturaleza lo llama a la vida humana. Vivir es el oficio que quiero enseñarle.»

En una concepción de universidad como la planteada, lo trascendente, como área de conocimiento y también como dimensión del ser humano, juega papel de primer orden. Saberes que ofrecen la historia, la filosofía y la teología, unidos a la atención pastoral, hacen parte de una verdadera formación integral y aseguran el cabal cumplimiento de la tarea educativa de una universidad digna de este nombre. No se trata de buscar preeminencias de un saber o de una dependencia. Ningún saber particular, o dependencia en la organización puede arrogarse de manera exclusiva la función o la responsabilidad de lo humano en la educación y en la vida universitaria como un todo. Todos la tienen: desde su propia perspectiva, cada saber y cada dependencia aportan algo al proceso universitario que siempre hará unidad en el hombre y la mujer particular que estudia, enseña o trabaja en la universidad.

- 
22. BOHM, WINFRIED, «La universidad entre crisis y esperanza», en: *Simposio Universitario 2000*, Universidad Católica de Córdoba, Argentina, 14 de marzo de 2000, pp. 37-51.
  23. ROUSSEAU, JEAN-JACQUES, *Emilio, o De la Educación*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 45.

Finalmente, debemos insistir en que es difícil de rechazar la oferta de un centro educativo que da testimonio, y hace evidente en su proceder, en su cultura organizacional, aquellos rasgos cristianos, católicos, como son la práctica de la justicia, la libertad y el amor; la oferta de un centro que no señala, persigue ni acosa, sino que propone con vehemencia y provoca. Siempre debemos tener presente la advertencia del Padre General<sup>24</sup>: «un discurso sobresaliente es inútil e incluso amenaza la credibilidad si no mueve a la acción».

---

24. KOLVENBACH, PETER-HANS, «Mensaje a Tolouse», septiembre de 1991, en *Orientaciones Universitarias* No. 16.